



LOS PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CALIDAD EDUCATIVA EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR. NUEVAS APUESTAS, VIEJOS VICIOS

César Correa Arias¹

Introducción

El presente texto integra conceptos centrales sobre las implicaciones de la institucionalización de las políticas públicas educativas en las instituciones de educación superior a nivel mundial. Se trata de cómo la calidad educativa, -como centro de las políticas públicas en educación e instaurada desde las dos últimas décadas bajo una gramática y retórica universalizante- es percibida, experimentada e interpretada por los académicos universitarios desde sus trayectorias sociales, sus trayectos de formación y sus itinerarios profesionales. Igualmente, del análisis de cómo éstos sujetos responden a los dispositivos que son utilizados para fundar y legitimar las políticas de la calidad en educación superior.

Analizar trayectorias sociales, las rutas de formación y los itinerarios profesionales de los catedráticos e investigadores universitarios, permite observar el papel que juega la calidad en las definiciones y construcciones de la acción social en este ámbito. El enfoque biográfico desde el relato de vida de estos sujetos posibilita identificar las producciones imaginarias y simbólicas que matizan sus trayectorias y el tipo de lazo social que establecen con estas instituciones.

Al recoger estos “textos vivos” se detectan diversas configuraciones sociales, que como construcciones y reconstrucciones de la acción de los individuos, constituyen una realidad comprensible y tangible en términos de significación y sentido.

En primera instancia, se evidencia el desplazamiento cualitativo que trata de convertir y comprender el complejo y heterogéneo universo de las instituciones humanas en organizaciones productivas al servicio de las lógicas del comercio globalizado, y en segundo lugar, a la ola modernizadora que las ha reagrupado bajo el paradigma de la producción y la lógica de la productividad. De allí que los centros de educación superior se

¹ Dr. César Correa Árias. Doctor en Educación, Universidad de Guadalajara–Université de Toulouse, Le Mirail II. Profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México.



identifiquen hoy en día como organizaciones de producción de conocimiento cuya racionalidad y naturaleza se circunscriben mayormente, a un tipo de índice arrojado por los parámetros de la evaluación (*assessment*) y a los niveles del desempeño (*performance*) que desde una lógica técnico-instrumental y ausente de estatutos filosóficos y epistémicos, trata de explicar la complejidad de la universidad hoy en día. El artículo termina señalando las contradicciones de la instauración del imaginario del éxito y la excelencia, mientras que el sistema educativo sufre una de sus más grandes crisis de significación y sentido, así como la erosión de las condiciones laborales y sociales de sus propios académicos, en un entorno donde el reconocimiento social aparece como uno de los elementos sociales de mayor relevancia y fragilidad.

El aporte de este trabajo es proponer un acercamiento al análisis institucional, desde la hermenéutica reflexiva, que permita situarse en el relato de los individuos para identificar y examinar las configuraciones sociales —como composiciones imaginarias de la experiencia temporal del sujeto— en torno a la calidad educativa, como centro del discurso oficial de las instituciones de educación superior.

El mundo social de las instituciones

Los humanos estamos imbricados en un universo de instituciones sociales en las que desarrollamos toda nuestra existencia. Pareciera que fuera de las instituciones la vida como la conocemos, dejara de expresarse en su totalidad y en sus particularidades. Las instituciones permiten la construcción de lazos sociales en el ámbito familiar, social, laboral, cultural, estético, económico, cognitivo, jurídico, etcétera.

Las instituciones intervienen en la manera de concebir el ser, estar y pensar de los individuos. También son los objetos, utensilios, creencias, imaginarios, lenguajes, culturas, en fin, todo lo que es social en una institución (Dubet, 2002).

Como estructuras físicas y simbólicas de cohesión y aglutinación social se constituyen en el sustrato de construcción de la mayoría de los imaginarios de los sujetos sociales. En una sociedad de instituciones los individuos experimentan no sólo la reproducción de la institución misma desde sus referentes oficiales, o la identificación replicante de su lógica, también se reconstruyen y mutan sus identidades desde relaciones socio-históricas en donde



existen fracturas, desencuentros y rompimientos que permiten la evidencia de memorias no episódicas y que más bien representan la dinámica compleja de las relaciones de tensión/adequación/invocación de los sujetos.

En este punto, es importante no olvidar que tanto en el mundo privado como público, es evidente la presencia de las instituciones y que las instituciones en el mundo privado y público poseen modos de expresión diversos, pero modos de fundación comunes. No se quiere afirmar que por ejemplo, la institución de la familia posea iguales rasgos que la institución escolar, sino que ambas poseen una lógica de institucionalización similar. Es decir, que basan su fundación en una retórica reificante que es capaz de movilizar los imaginarios y simbólicos de los sujetos para alcanzar un tipo de socialización particular, siempre al servicio de la existencia de la institución creada. El ingreso al mundo institucional parental y el mundo posterior de la escuela marca un tipo de socialización que se evidencia en los trayectos de vida de los sujetos. De allí surgirán los sucesos que marcan continuidades, rupturas, fracasos, logros y demás situaciones pertenecientes a una socialización secundaria, a la construcción de identificaciones consigo mismo *ídem*, y las alteridades e identificaciones *ipse* con los otros (Dubar, 2002)², así mismo, a las primeras adscripciones a colectivos, grupos y tribus disciplinares (Becher, 2001), sobre todo, al momento que se desarrollan los estudios universitarios y cuando la vida laboral para toda persona escolarizada empieza a tomar un peso específico fundamental en su proyecto de vida.

Por su parte, inducidos por los imaginarios del mundo parental, o ya inmersos en el mundo laboral, los individuos construirán identificaciones con la organización, entendida como la estructura física y simbólica en la que habrán de desarrollar una relevante creación y acumulación de imaginarios.

Los sujetos enlazarán la interpretación y comprensión de su existencia desde los múltiples imaginarios del mundo parental y aquellos que el mundo laboral de las organizaciones les induce a adoptar o crear. Las personas imaginarán qué tipo de familia querrán tener, en qué espacios sociales desarrollarán su existencia y a qué clubes tendrán acceso ellos y sus próximas generaciones. Sus expectativas por lo general estarán centradas en la adquisición

² Claude Dubar (2002) señala la diferenciación de las formas identitarias y la inclusión del componente socio-histórico como elemento fundamental de ruptura con formas tradiciones de clasificación e interpretación de los procesos de construcción de las identidades.



y acumulación presente y futura de los capitales culturales, económicos y sociales (Bourdieu, 1997) que les permitan cierta y benéfica movilidad social. Las instituciones se convertirán en mundos sociales, cognitivos y morales, donde se desenvolverá el pensamiento y conducta de los individuos (Douglas, 2000).

Además se construirán lazos sociales e interrelaciones con todos los grupos existentes, colectividades de movilización, de resistencia y de poder, mediante interacciones armoniosas, contradictorias o pasivas, formas de socialización aglutinantes o particularizantes, y también excluyentes. De esta manera, los sujetos heredarán una configuración resultante de estas formas de socialización que se resume en la danza interminable de la lucha por la vida y la muerte institucional. Vivos y activos en el centro de los juegos institucionales o excluidos en la periferia de éstos o aún muertos, una y otra vez, los individuos recorren sus vidas atrapados por el influjo de las instituciones, hasta terminar sus existencias materiales, y aún en este punto, pertenecerán, en la voz de los otros, a otras instituciones cargadas de imaginarios, reglas y normas más o menos definidas y controlables.

Pero estas relaciones establecidas al interior de las instituciones serán siempre instituidas, dado que están planteadas bajo el mandato de un programa, a manera de modelo universal del hacer, pensar y existir, es decir, en la concreción de una realidad próxima y tangible. Este programa será ritualizado, legitimado y sancionado una y otra vez por los agentes que ostentan el poder de la institución, así como por quienes aprenden a jugar los juegos institucionales para mantenerse vigentes y vivos en ese mundo. El programa institucional oficial tratará, en una forma estructurante y funcional, explicar la producción artificial de sujetos olvidando las múltiples interacciones simbólicas donde se construye la subjetividad.³

Al afirmar el hecho de que la vida se desarrollará dentro y al amparo de las instituciones, de igual manera se puede señalar que toda actividad humana estará permeada por la propia

³ Dubar (2002) plantea desde un componente estructuralista y funcionalista, la manera en la cual las instituciones a través del programa institucional, tratan de presentarse como productoras de sujetos que trabajan sobre otros. Sin embargo este acercamiento teórico deja, en principio, un claro sabor de cosificación de los sujetos a través de instauración de roles profesionales que adoptan éstos al ingresar a los mercados de trabajo. Así, no se puede explicar la complejidad de las construcción subjetivas o de la producción de sujetos mismos mediante la instauración de un programa institucional, sino que debemos rescatar la reflexión de Castoriadis (1975) que se refiere a que si bien el mundo simbólico de las instituciones es fundamental dentro de la comprensión del mundo social, el primero no puede explicar ni agotar al segundo, ni en su planteamiento teórico, ni en la interpretación de las prácticas de los sujetos.



existencia y quehacer de éstas. Como “instituciones de vida” (Enriquez, 1989), los sujetos estarán expuestos dentro y fuera de ellas por su continua presencia simbólica e imaginaria. Un poder simbólico instituyente, que en primera instancia constituye la perspectiva democrática de la existencia de cada persona dentro de una institución (Negri, 1997), deviene en instituido una vez que se le legitima por la ritualización del poder instituyente. Esto hace de la institución no sólo una realidad materializada o un ente físico, a manera de un edificio o instalación, sino también un imaginario que opera en la psique de todos los sujetos de la sociedad.

La acción de institucionalización adherida a un programa, según afirma Dubet (2002), se apega a una tradición de pensamiento en la que toda socialización se realiza en primera instancia por la interiorización de la cultura y lo social que instituyen los actores en sí mismos.

Las instituciones crecen, se desarrollan y renuevan bajo esta misma matriz o programa que hace de ellas lo que son (Castoriadis, 2002). Como centros de cohesión social, los sujetos generan vínculos con éstas y con los otros individuos, generando una gran complejidad de relaciones que se profundizan en redes intra e interinstitucionales más complejas.

Lo que sucede a la persona en las instituciones, es decir, sus vivencias, puestas en escena, dramas y mundos posibles se distribuyen y acumulan en un ente nada estable, comandado por las relaciones de totalidad o completud, coherencia, significación y sentido. Se trata de las trayectorias de vida que llegan a ser evidentes gracias a procesos narrativos de reconstrucción de la acción de los sujetos y a aproximaciones comprensivas del orden hermenéutico bajo métodos autobiográficos (Bertaux, 1976; Ricoeur, 1983, 1984, 1986, 1997, 2004 y 2005; Aceves, 1996; Pineau y Michèle, 1983; Pineau y Le Grand, 1996; Pineau, 2004)⁴.

Los trayectos sociales, itinerarios de formación y recorridos profesionales de los individuos se desarrollarán en el marco de las instituciones y, gracias a ellas; al mismo tiempo también las trayectorias; como se puede deducir de lo mencionado, serán la base de la comprensión y coherencia de la existencia de las personas en ese mundo institucional. Por eso al hablar

⁴ En el trabajo de campo de esta investigación se utilizó la metodología de las historias de vida, y es fundamental el aporte de Gastón Pineau sobre los conceptos de conocimiento (*connaissance*) y reconocimiento (*reconnaissance*) para la comprensión de las historias de vida en formación que dan cuenta de los trayectos de formación de los sujetos y cómo estos influyen en la comprensión de su propio mundo real.



de la relación de adscripción a cualquier institución, los sujetos siempre se referirán a esta relación, a través de las experiencias que están inscritas al interior de sus trayectorias.

También se puede afirmar que las trayectorias son textos múltiples de recorridos institucionales integrados por experiencias que guardan una totalidad y coherencia fundamental para el individuo, y que éste en la vía de la autocomprensión las rememora y reconstruye mediante el relato en forma cotidiana.

De esta manera, no es importante si lo que narra la persona está apegado a una realidad determinística o positivista sino que lo que es sustancial se refiere a las reconstrucciones de significación y sentido que operan al interior de este constructo literario de enormes potencialidades simbólicas e interpretativas.

La fuerza del relato se inscribe entonces en esa capacidad de integrar en un todo significativo una vida y sus diferentes experiencias y vivencias. Por tanto, el relato muestra las fracturas, discontinuidades y diversas temporalidades del sujeto, así como su mundo o mundos posibles. Los relatos son fuentes de configuraciones sociales que, como composiciones imaginarias de la experiencia temporal de los individuos (Ricoeur, 1986), narran la existencia sensible de estos.

La organización como expresión concreta de las instituciones del mundo laboral

Las instituciones del mundo laboral, cualquiera que sea el sector de bienes o servicios materiales o simbólicos, se han adherido desde los años 70 y 80 del siglo XX a la lógica del potente concepto de la organización. Ésta como organismo de excelencia posee un origen difuso, puesto que pertenece al territorio nebuloso de teorías fragmentarias de la organización, pero porta una enorme fuerza capaz de institucionalizar y legitimar un programa institucional (Dubet, 2002).

Cabe recordar las reflexiones de James Lee Thayer sobre el concepto de organización:

“El motor principal de la civilización occidental tal como la conocemos, es el más indispensable y el menos celebrado. No es el dinero, ni la tecnología, ni tampoco los números. No es la ciencia como tal, ni las ideologías en sí, ni siquiera la “industrialización” o el “desarrollo”. Sin embargo, sin éste no sería posible ningún



aspecto de la civilización occidental tal como la conocemos. Es la organización. O tal vez, para decirlo mejor, la idea de la organización” (Lee Thayer, 1988: 79).

En este sentido, la organización es en la actualidad el grupo social más celebrado, pues su programa instituido permite un tipo de socialización particular que involucra el mundo imaginario de sus integrantes a referentes específicos que se basan en los intereses de la propia agrupación.

“El programa institucional puede ser definido como el proceso social que transforma los valores y principios en acción y subjetividad por la vía de un trabajo profesional específico y organizado” (Dubet, 2002: 24)⁵.

Este programa opera de tres maneras diferentes: primero, por la construcción y existencia de la misma institución, bajo el signo de una organización del orden funcionalista y técnico-instrumental; segundo, desde la constitución de una ontología de los sujetos, y tercero, desde una teleología de la acción.

Como acto de fundación, la institución tratará de organizar a los sujetos en un entramado social que posee de forma inicial un componente funcionalista y que facilitará la estructuración como un todo homogéneo, controlable y verificable.

Esta condición es fundamental para su vida, y todo atentado contra un elemento vinculado a esta funcionalidad será considerado como un ataque a la propia existencia de la institución / organización.

“Casi cada faceta de nuestra vida cotidiana tiene lugar en, está regulada por o es el resultado de la acción de las organizaciones. De hecho, el concepto de sociedad moderna civilizada se basa en la premisa de que los individuos trabajan juntos (en grupos formales o informales) para realizar y finalizar con éxito tareas que no puedan ejecutarse individualmente” (Hodge, 2000: 8).

La tarea de la funcionalidad es legitimar la existencia de la institución / organización a toda costa y defender el sistema de valores por la que ésta ha sido creada como tal. Por tanto, su

⁵ La traducción es del autor.



signo particular de identificación y diferenciación es aquello que la institución hace en coherencia con un sistema particular de valores, dentro de un programa prediseñado.

Así pues, al estructurar la organización los sujetos son socializados e institucionalizados. Ellos mismos representan, por una parte, fragmentos hablantes y caminantes de esa pequeña sociedad preestablecida y, a la par, son fuente de enormes creaciones e innovaciones particulares que demuestran las contradicciones entre los individuos y la institución que instituye. Este situación permite comprender la compleja esencia de las instituciones y las significaciones sociales que operan al interior de esa sociedad (Castoriadis, 1975).

A este componente de estructuración y funcionamiento que fundamenta la organización y la hace posible, así como viable en sus bases materiales y simbólicas mínimas de existencia, se suma una funcionalidad secundaria. Ésta incluye elementos simbólicos y pragmáticos con gran poder de agregación y adscripción que van más allá de las necesidades básicas requeridas para toda fundación de una institución y que no puede ser otra cosa más que imaginarios de la nueva institución creada.

La funcionalidad secundaria responderá a unas supuestas necesidades reales de la sociedad, que han sido identificadas y validadas de forma precedente, puesto que se supone que las instituciones / organizaciones están ahí para servir a este propósito. No obstante, esta funcionalidad no sólo responde a los requerimientos que se han reconocido mediante el juicio expreso y subjetivo de sus creadores sino que también permea los intereses de la propia institución creada.

Una cárcel, un hospital, una organización familiar, una corporación bancaria o una comunidad religiosa estarán influenciadas por aquellos componentes que hacen de la institución “eso que es”, y además se encontrarán representadas mediante un sistema axiológico predeterminado y unos dispositivos institucionales que aseguren su implementación entre los sujetos que integran esas agrupaciones.

Debido a esto, la visión funcionalista se vería imposibilitada a consumir su programa de trabajo si no se le otorga un criterio subjetivo de realidad de lo que es señalado por medio del juicio de destinar su labor a aquellas necesidades reales de la sociedad (Castoriadis, 1975).



“Una sociedad no puede existir más que si una serie de funciones se cumplen constantemente (producción, parto, educación, gestión de la colectividad, regulación de los litigios, etc.), pero no se reduce a esto, ni sus maneras de hacer frente a sus problemas le son dictadas de una vez por todas por su naturaleza, la sociedad inventa y define para sí tanto nuevos modos de responder a sus necesidades como nuevas necesidades” (Castoriadis, 1975: 186).

Por tanto, la funcionalidad secundaria se trata de todo desarrollo simbólico e imaginario de la acción, que no compromete de forma directa la existencia de la institución, pero que si genera mutaciones identitarias de ésta.

Lo interesante de manera particular consiste en el desplazamiento que realiza la institución de su funcionalidad primaria a secundaria, es decir, cuando presenta las necesidades sociales a las que va a dirigir su trabajo y dedicar su energía como parte de su fundación y fundamentales de forma estricta para su propia vida y permanencia en el mundo.

Este anclaje discursivo pareciera ser el origen simbólico del concepto de desarrollo de la institución y de su plano proyectivo, en el cual todas las organizaciones colocan sus apuestas simbólicas, sus desarrollos técnico–estratégicos y su poder moralizante.

En su afán por preservar la vida ganada, la institución / organización encuentra su autolegitimación en la construcción intencional de sus propias reglas, objetivos y metas.

“Las organizaciones son entidades sociales dirigidas a metas, diseñadas con una estructura deliberada y con sistemas de actividad coordinados y vinculadas con el ambiente externo[...] Las organizaciones se crean y diseñan para lograr un fin, establecido por el principal funcionario ejecutivo o el equipo de alta dirección. La estructura y diseño de la organización es producto de este propósito” (Daft, 2000: 11–46).

La defensa de este tránsito de una funcionalidad primaria a secundaria es realizada por los grupos de poder de la organización bajo la firme intención de hacer aquello que consideran lo más correcto para la institución.



Una apuesta por el bien común y general que busca implementar la funcionalidad secundaria en la institución simbólica y física permite recordar el origen de lo que Jacques Le Goff (1991a y 1991b) reconoce como una categoría social de posición, clase, poder y dominación en la figura del Rey (*royal*), y por tanto, la derivación en una verdad real (*reality*) como una realidad incontestable y a priori alejada de la crítica.

La instalación de una forma de dominación y poder para construir la realidad bajo los límites del control y certitud hacen de la organización un lugar de confrontación constante entre quienes disputan una perspectiva diferente de la realidad y quienes tratan de asegurar por la vía del poder y dominación la realeza de toda verdad.

La función más

“[...] operatoria de la organización (su función oficial) está ligada a otras finalidades creadas por la existencia de relaciones continuas entre determinada organización y las otras organizaciones con diferente función, así como las relaciones que la primera mantiene con el conjunto del sistema social. No basta con definir racionalmente una organización por los servicios que esta brinda o que está destinada a brindar. Hay que tener en cuenta además que la fábrica, o la compañía, producen modelos de comportamiento, mantienen normas sociales, integran a sus usuarios dentro del sistema social” (Lourau, 1975: 12).

Lo anterior implica que la organización posee un enorme poder de institucionalización en los sujetos / actores que la integran, tanto en su discurso como en sus prácticas, lo que funda la tensión entre lo institucional y particular, así como la batalla por la subjetividad y memoria institucional como elementos de legitimación e identificación del ser y hacer de los individuos. De manera paradójica, las luchas internas de la institución alrededor de la construcción y vivencia de la realidad demuestran la necesidad de una polifonía social propia de cualquier grupo humano, de un ir y venir entre la memoria particular y oficial.

Pero a pesar de que las instituciones sólo tienen vida en lo simbólico, no pueden ser nada más eso: “Una organización dada de la economía, un sistema de derecho, un poder instituido, una religión, existen socialmente como sistemas simbólicos sancionados”



(Castoriadis, 1975: 187). Se requiere una suerte de estructuración o de escenario que ayude a habitar la institución por seres que a su vez son creadores y reproductores de cultura.

El programa institucional también operará desde una disposición ontológica, lo que asegura la construcción de un lugar donde puedan habitar los sujetos en forma física y psíquica. Para decirlo con otras palabras, la institución dimensionada por un programa requiere de cuerpos y voces que habiten ese mundo simbólico que ha sido preestablecido, pero que los individuos van enriqueciendo con otras producciones particulares.

“Toda sociedad existe gracias a la institución del mundo como su mundo, o de su mundo como el mundo, y gracias a la institución de sí mismo como parte de ese mundo. De esta institución del mundo y de la sociedad por la sociedad misma, la institución del tiempo es siempre un componente esencial” (Castoriadis, 1975: 300).

Habitar el mundo sugiere arroparlo de una escenografía, unos actores, una trama y un drama, sin los cuales no existiría aquello que habla de la institución, sus referentes e identificaciones. Pero hablar de ese mundo de una forma prescriptiva no refleja a la organización / institución tal como es sino como es imaginada por sus fundadores o sus imaginarios reproducidos a lo largo de ésta.

Desde una perspectiva más amplia en los términos de Paul Ricoeur (1986), se trata de trascender el *Dasein* heideggeriano hacia una narrativa que despliegue una filosofía del ser. Esto significa, estar en el mundo gracias a que el sujeto particular puede narrar ese mundo, su mundo, lo que permite comprender las organizaciones como construcciones materiales y simbólicas de los individuos, erigidas como textos vivos que fijan discursos particulares y reflejan diversas ideologías.

Esto facilita hablar de las vivencias de las personas desde una fenomenología hermenéutica, en la que significado y sentido están al servicio de la comprensión de toda organización, al mismo tiempo que permiten identificarla como una compleja comunidad de transacción de sentidos y significados, y no sólo desde su simple taxonomía dentro de un sistema sancionado cualquiera, tal como lo ensayara la sociología parsoniana.

Habitar un mundo, el mundo desde el lenguaje y el relato, posibilita conocer las relaciones semánticas y los sistemas de valores que involucran el recuerdo de la experiencia y el juego



de temporalidades que este dispositivo funda. Al mismo tiempo facilita el análisis de las relaciones que se establecen en los espacios o territorios institucionales, en sus lógicas y en los sujetos adscritos a la organización.

Al existir en la institución y fundar una posición en un espacio o territorio, los sujetos estarán expuestos a las diferentes interacciones que representarán futuras alianzas, al igual que nuevos enemigos, traiciones, tramas y dramáticas que harán que todos los trayectos de formación, así como los itinerarios y trayectorias sociales, se crucen en un mundo de configuraciones de la realidad institucional, con el único fin de dar significación y sentido a las vidas de los individuos.

La trama de las trayectorias de las personas o sus itinerarios por los territorios simbólicos o físicos de la organización, su adscripción, resistencia o innovación respecto a la ideología o programa de ésta y su habitación en el mundo de la institución, facilitará la comprensión del tercer componente, la teleología, es decir, la definición e implementación del proyecto institucional.

Entonces la organización tomará el proyecto en sus manos como la tarea fundamental para solucionar y sobrepasar las necesidades sociales reales identificadas. La visión teleológica le brinda a la institución una posibilidad de permanencia en el tiempo, dado que ésta irá renovando sus propósitos, objetivos, metas y actividades.

Este proyecto será la apuesta, el territorio prometido y punto de referencia de la gestión institucional / organizacional que en la actualidad se dimensiona desde una esfera individual e individualista. El deseo de superación y bienestar individual, centrado en el atesoramiento y acumulación de bienes económicos, sociales y culturales, será el horizonte de ese ideal. Desde este punto de vista, la estancia en el mundo de la organización será la tipificación de la máxima expresión de individualidad y el deseo sublimado de una trascendencia de la existencia de los sujetos en el tiempo.

Al igual que la proyección de la institución se constituye en un fuerte imaginario, una apuesta necesaria para su desenvolvimiento material, simbólico y temporal, también se puede constituir en una forma de control de los individuos, en tanto que se realiza una operación compleja de enlazar la gestión institucional con la obtención de los capitales mencionados y, por tanto, una configuración mayor, la identificación o el reconocimiento de sí mismo por medio de estos capitales.



La organización referida a la productividad, en el marco de un programa institucional / organizacional y en la mira de un proyecto que le permita la trascendencia de sus propios límites, encuentra su máxima expresión en los términos de calidad, como factor de control y excelencia, como punto de llegada y meta simbólica de toda iniciativa.

Esa cultura de la calidad buscará controlar y mejorar en todo momento y aspecto las actividades realizadas para alcanzar la tierra prometida de la excelencia, es decir, una operación de la sublimación de los objetivos organizacionales que se involucran de forma individual en el sujeto que posee y retiene a toda costa el imaginario del éxito.

Las instituciones de educación superior y el mandato de calidad

De forma general, se puede afirmar que todo conocimiento en la actualidad pasa por la institución. O para decirlo de manera más clara, todo conocimiento se encuentra institucionalizado. Así, es posible inferir que todo saber construido posee los límites de la organización.

Dentro de las instituciones de producción de conocimiento, las universidades todavía poseen un lugar privilegiado, a pesar del impulso enorme que los centros privados de producción concentran a las actividades de investigación.

Al tenor de las organizaciones de producción y difusión de conocimiento, y en especial, de aquellas encargadas de la formación como son los centros de educación superior, la calidad y su horizonte de realización individualista: el éxito y la excelencia han empezado a generar nuevas y complejas interacciones sociales y producciones imaginarias que sugieren una mutación identitaria con el trabajo académico y la naturaleza misma de la institución educadora, en su misión y su componente teleológico.

El origen del concepto de calidad está ligado al influjo de las diversas crisis de los mercados y economías de los estados de carácter nacionalista, y de los acelerados procesos de globalización que desde los años 80 del siglo XX han venido incorporando una lógica general de la productividad al mundo de las instituciones educativas, ahora consideradas como organizaciones de producción de conocimiento.



Este cambio cualitativo afecta en especial cómo los sujetos deberán concebir, sentir, actuar y habitar estas instituciones con prácticas que en su origen han pertenecido al desarrollo de las teorías de la organización y, en general, al mundo de la gestión de las empresas.

Se trata de una gramática universal de la calidad de origen empresarial y organizacional fundamentada en una ideología economicista que premia la producción de bienes y servicios dentro de las instituciones formadoras y bajo una profunda preocupación por la medición de la eficiencia y eficacia, lo que le ha valido el nombre de capitalismo académico (Slaughter y Leslie, 1997; Ibarra, 2002 y 2005).

Este nuevo lenguaje opera como la estrategia central de la calidad y cuenta con dos elementos centrales: la evaluación (*assessment*) y el desempeño (*performance*), cuyo objetivo es promover el desarrollo de la gestión institucional.

La calidad como estandarte vanguardista de la productividad observa, analiza y comprende la institución / organización bajo los estándares y patrones sistematizados y legitimados por una lógica determinista que reduce la naturaleza de la agrupación a mediciones, comparaciones y resultados positivistas.

De igual manera es importante recordar que la temática de la calidad posee el mismo origen de la productividad, es decir, de las teorías de la organización cuyo contenido difuso y fragmentado ha servido de punto de partida para la construcción de la noción de calidad educativa, pero que ésta al mismo tiempo no posee ningún referente específico en la pedagogía conceptual o en las teorías del aprendizaje o en la gestión institucional proveniente de la teoría educativa.

La gramática universal de la calidad educativa como se difunde en la actualidad, sobre todo por parte de organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), pretende reducir la complejidad de la realidad educativa a la lógica de la gestión del mundo organizacional, bajo el signo de una Gerencia de la Calidad en la Educación Superior.

Asimismo, la actualización continua en la educación superior, motivada por los discursos oficiales y las presiones de una lógica de mercado de bienes y servicios a nivel global, permite identificar en las instituciones formadoras



“[...] un proceso permanente de innovación en todos ámbitos, abarcando el plano didáctico, el normativo, las estructuras institucionales y precisamente, las funciones institucionales[...] cambios que influirán en los investigadores, profesores, directivos, estudiantes, cuestionando y cambiando creencias y actitudes” (Romo Beltrán, 2005: 10).

Evidentemente, no se está negando que exista la categoría de la calidad en el campo educativo o formativo, o que no pueda ser utilizada en aseveraciones por fuera de los procesos de producción desde un orden determinístico. Lo que se afirma es que la racionalidad de la calidad debe evitar homogeneizar y simplificar aquello cuya naturaleza propia es compleja y diversa, pues esto sería aceptar una reducción epistémica del objeto o de las ciencias desde las que este objeto ha sido construido, así como la negación propia de la construcción histórica de ese objeto.

Un ejemplo que puede ilustrar con claridad sobre este asunto se encuentra en el objetivo del aseguramiento de la calidad en la producción de un bien o servicio, desde el punto de vista de la ingeniería, el cual se basa en el supuesto de que no existan errores durante el proceso. En el campo educativo, el concepto central de: “el menor tiempo, con los mínimos recursos y con cero errores” no sólo es inaplicable sino ridículo, pues al mismo tiempo que contradice lo que la pedagogía ha desarrollado a través de siglos de evolución, muestra un tipo de ideología que reduce el episteme de todas las disciplinas relacionadas con el fenómeno educativo.

De esta manera, la construcción del concepto de calidad en las instituciones / organizaciones de enseñanza se ha venido incorporando en el lenguaje de la educación como una función del orden mandatorio, oficial, descarnada de los elementos centrales pertenecientes al campo de la pedagogía formal, la sociología educativa, la antropología cultural, la filosofía educativa o la psicología social.

Dado lo anterior se puede afirmar que la calidad educativa en la actualidad se ha convertido en el mayor ordenador de la vida de los académicos universitarios, dotándolos de un cuerpo de imaginarios que se fundamentan en la productividad y excelencia (Correa y Bernache, 2006).



A esto se debe que la calidad antes de ser razonada, debatida, o incluso comprendida, se constituye en una ontología cuyo mundo pretende corporizarla en los sujetos de la institución, mediante la instauración de un *ethos* y un *habitus* como formas de socialización. Este deseo desmesurado, irreflexivo y colectivo de trabajar a cualquier precio por la deseada calidad educativa reúne el horizonte social de toda una perspectiva ideológica centrada en el mundo habitable de la excelencia y del prestigio social, económico y cultural.

La incorporación de la gestión en lo educativo se expresa en códigos semánticos que prescriben prácticas formativas dentro de las instituciones universitarias: “todos somos la universidad”, “la calidad es de todos”, “mejorar o desaparecer”, “la excelencia nos diferenciará”, etc, frases hechas en labios ajenos, que sin duda constituyen nuevos códigos adoptados bajo el imperio de la norma o la capacitación, como dispositivos de normalización y evangelización, a modo de una moral institucional.

Estos códigos pertenecen a la mencionada gramática que se ha construido en el mundo empresarial y que ahora inunda los discursos educativos a nivel global, reducidos a la materia única de la gerencia.

Sin embargo, los controles de calidad se expresan en las instituciones contemporáneas como un cambio en la forma tradicional de control / castigo y coerción hacia la idea de la superación de los individuos bajo regímenes de cooperación y competencia, mismos que trascienden la realidad tangible de la institución y la proyectan como una organización del deseo.

La calidad educativa como política de las instituciones de educación superior aparece como un discurso oficial que no permite la recomposición de la realidad sino que está unido a una forma de ritualización del deseo de la excelencia y del prestigio.

El éxito está representado por el imaginario de la competencia, de la observación a la norma y del devenir del sujeto en algo mejor, a trascender las condiciones en las que se encuentra la persona en su esfera individual. La concreción del éxito será el mundo habitable e imaginariamente posible de la excelencia y del más radical individualismo.

La excelencia entonces aparece no como una opción o una meta sino como un mundo habitable, posible de alcanzar y de merecer por unos cuantos, gracias a los grandes



sacrificios realizados o a la inteligencia en los interjuegos de poder, la simulación o la trampa para disfrazar los méritos.

Su deseo de habitar ese mundo surge como una invitación continua de la institución que promete el sabor del éxito sublime y el reconocimiento social, cultural y económico, haciendo de la excelencia el objeto de deseo de las organizaciones desde la óptica de la calidad educativa. Pero este imaginario se construye de forma fina desde varias estrategias: la ritualización de un texto de la institución que deviene en referencia y guía para la acción como discurso institucional, la sanción de este discurso como destino más viable y posible de la organización, y el reconocimiento como vía de identificaciones múltiples con este proyecto.

En cuanto a la ritualización del texto, se trata de un proceso que inicia con la construcción de un documento por parte del grupo de poder de la institución —por lo regular el presidente o gerente y sus más cercanos colaboradores—, bajo el nombre de Plan de Desarrollo Institucional de la organización. Luego de su autolegitimación por medio de la norma, el documento requiere ser celebrado mediante alusiones recurrentes al contenido de éste y al reconocimiento de la capacidad del mismo para representar la realidad que habita la institución, con lo que se convierte al efecto de su reiteración en un oráculo institucional bajo la expresión de: “Lo dice el Plan de Desarrollo”.

La monumentalización del texto constituye la forma más segura de elevar el documento a un oráculo que será, desde ahora en adelante, el camino oficial de la calidad por antonomasia. La excelencia estará limitada a la observancia de la norma y a la ritualización del texto central que ha creado el grupo de poder de la organización. Documento que se irá difuminando y desplegando por toda la institución mediante expresiones orales, como forma de interpretación y enriquecimiento del mismo.

La instauración del discurso oficial de la calidad educativa estará en la dinámica de esa meta legitimada y sancionada por la monumentalización del texto, pero en este sentido, el discurso oficial será la expresión viva del mandato de la organización. El mandato de la calidad entonces estará atiborrado de imaginarios del presente, pasado y futuro. Como todo potente imaginario ubicará la verdad oficial en los territorios expandibles de la temporalidad y tratará de fundar y cristalizar la memoria institucional.



Al tratar de presentar la memoria oficial como un patrimonio de la organización y de sus individuos que la integran, el futuro de destino será la apuesta, la salida más propia y lógica de la institución, su funcionalidad secundaria, su imaginario más fortificado.

Al final, el reconocimiento operará como una forma de legitimación del discurso oficial y una pretendida socialización orientada por la excelencia, bajo la corporización de un *ethos* y un *habitus* de la calidad. El discurso oficial de la calidad pretenderá en ocasiones reemplazar la complejidad de la cultura institucional por la reducción de una cultura homogénea de la calidad educativa, seduciendo bajo su retórica de adquisición de capitales y prestigio a los sujetos de la institución.

Sin embargo, la cultura de la calidad no puede rebasar la complejidad de ésta, lo que hace que a la par de las reproducciones se presenten innovaciones de los individuos, rechazos, malestar, exilio y muertes institucionales. La construcción de la configuración de vida / muerte es producto de los interjuegos de poder que resultan de la relación entre los grupos que aspiran a éste y la posición de los sujetos particulares en la organización.

Así, el reconocimiento no sólo opera como una forma de legitimación propia de la socialización sino también como la manera de materializar la avidez de capitales culturales, sociales y económicos que constituirán el ropaje de la excelencia y el prestigio.

En este sentido, la respuesta a la pretendida cultura de la calidad se identifica bajo la forma de reproducción, indiferencia, sufrimiento, lucha, innovación y resistencia, de una inteligencia en el manejo de los interjuegos de poder y, así mismo, de un narcicismo y materialismo individualista.

Los sistemas de enseñanza de la educación superior en todo el mundo y, en especial, en los países desarrollados, sufren el peor revés de crisis de sentido y abandono del Estado. A manos del libre mercado y alentados por el deseo de la excelencia, la competencia pasa a ser una necesidad impuesta.

Philip Altbach y Martín Finkelstein (2008) señalan la magnífica motivación de invertir en la educación en todo el mundo bajo la consigna de la competitividad, lo que es bien recibido por todos los sectores sociales y productivos. Pero a estos renovados ánimos, los acompaña tanto el reconocimiento de la labor de los profesores en el logro de esta competitividad como la profunda crisis de sentido y de condiciones de trabajo en la que viven los profesores e investigadores en Estados Unidos.



De igual manera, comienzan a ser evidentes en la precariedad de la situación laboral de los profesores e investigadores de la educación superior en el centro de Europa, al margen de las reformas de los sistemas de indagación y, en general, de las denominadas universidades autónomas^{6,4}.

A modo de conclusión

Pareciera que hablar de una institución de calidad en la actualidad sería de gran importancia, pero a la par surgen nuevos retos al reconocimiento de los sujetos y a las relaciones entre eficacia y equidad.

Dentro de las disposiciones de la calidad educativa cada vez es más evidente el matiz político y administrativo que siempre ha acompañado a la gestión institucional y a las exclusiones sociales que esta lógica depara.

Esto significa una política tradicional bajo estrategias renovadas, en la que en realidad lo sustancial de lo institucional / organizacional se decide de nuevo en los terrenos políticos y se expresa en lo administrado bajo dispositivos de ordenamiento y de autocontrol de los individuos, por lo que la calidad no puede ser analizada sin tener en cuenta el ambiente político que la alimenta y soporta.

Las nuevas apuestas de la calidad educativa muestran los viejos vicios de la política oficial, lo que ha llevado a las configuraciones de decepción, indiferencia, simulación, trampa por alcanzar la ontología y la socialización privilegiada que promete la calidad, la profundización y especialización de los interjuegos de poder, la construcción de un *ethos* y un *habitus* de la calidad educativa y el pretendido desplazamiento de la compleja cultura de las universidades por la homologación de una cultura de calidad al interior del sistema de educación superior y sus instituciones. Sin embargo, quedan nuevas configuraciones sociales, nuevos aportes teóricos y renovadas aproximaciones que deconstruyan los discursos oficiales y remitan a las vivencias de los académicos en torno a la calidad educativa, permitiéndoles repensar este potente imaginario y su función dentro de las instituciones de educación superior.

⁶ Cfr. el caso de las universidades francesas en Denis Meuret (2007), Christine Musselin (2008) e Isabelle Bruno (2008).



Bibliografía

- Aceves, Jorge (1996). *Historia oral e historias de vida. Teoría, métodos y técnicas. Una bibliografía comentada*, CIESAS, México.
- Altbach, Philip y Martín Finkelstein (2008). “The crisis of the american academic workforce”, en *International Higher Education*, núm. 52, pp. 9–16.
- Becher, Tony (2001). *Tribus y territorios académicos*, Gedisa, Barcelona.
- Bertaux, Daniel (1976). *Histoires de vie ou récit de pratiques? Méthodologie de l'approche biographique en sociologie*, Rapport CORDES, París.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI, México.
- Bruno, Isabelle (2008). *À vos marques®, prêts... cherchez! La stratégie européenne de Lisbonne, vers un marché de la recherche*, Croquant, París.
- Castoriadis, Cornelius (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona.
- (2002), *Sujeto y verdad en el mundo histórico social. Seminarios 1986–1987. La creación humana*, FCE, México.
- Correa Arias, César y Gerardo Bernache Pérez (2006). “La necesidad de un análisis social de la calidad educativa”, en *Revista Educación Global*, núm. 10, pp. 159–175.
- Correa Arias, César (2009). “Effectiveness and Equity: New Challenges for Social Recognition in Higher Education”, in *International Journal of Behavioral, Cognitive, Educational and Psychological Science*. Vol.1 N.2, pp. 109-116.
- Daft, Richard (2000). *Teoría y diseño organizacional*, Thompson, México.
- Douglas, Michael (2000). *Comment penser les institutions?*, La Découverte, París.
- Dubar, Claude (2002). *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*, Bellaterra, Barcelona.
- Dubet, François (2002). *Le déclin de l'institution*, Seuil, París.
- Enriquez, Eugene (1989). “El trabajo de la muerte en las instituciones”, en Käes, René *et al*, *La institución y las instituciones, estudios psicoanalíticos*, Paidós, Buenos Aires.
- Hodge, Bernard J. (2000). *Teoría de la organización*, Prentice May, Madrid.
- Ibarra Colado, Eduardo (2002). “Capitalismo académico y globalización: la universidad reinventada”, en *Revista Educación y Sociedad*, vol. 24, núm. 84, pp.18 - 22.



- (2005). “Origen de la empresarialización de la universidad”, en Romo Beltrán, Rosa Martha (coord.), *Políticas globales y educación*, UDG, Guadalajara.
- Lee Thayer, James (1988). *Comunicación y sistemas de comunicación*, Península, Barcelona.
- Le Goff, Jacques (1991a). *El orden de la memoria*, Paidós, Barcelona.
- (1991b). *Pensar la historia*, Paidós, México.
- Lourau, René (1975). *El análisis institucional*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Meuret, Denis (2007). *Gouverner l'école. Une comparaison France / États-Unis*, PUF, París.
- Musselin, Christine (2008). *Les universitaires*, La Découverte, París.
- Negri, Antonio (1997). *Le pouvoir constituant. Essai sur les alternatives de la modernité*, PUF, París.
- Pineau, Gastón (2004). “Un sujet anthropologique interloquant”, en Robin, Jean-Yves et al., *De la recherche á la formation. Expériences et questionnements*, t. II: *Le récit biographique*, L'Harmattan, París.
- Pineau, Gastón y Jean-Louis Le Grand (1996). *Les histoires de vie*, PUF, París.
- Pineau, Gastón y Marie Michèle (1983). *Produire sa vie: autoformation et autobiographie*, Edilig / Saint-Martin, París / Montréal.
- Ricoeur, Paul (1983). “L'intrigue et le récit historique”, en Ricoeur, Paul, *Temps et récit*, t. I, Seuil, París.
- (1984). “La configuration dans le récit de fiction”, en Ricoeur, Paul, *Temps et récit*, t. II, Seuil, París.
- (1986). “Les temps raconté”, en Ricoeur, Paul, *Temps et récit*, t. III, Seuil, París.
- (1997). *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, México.
- (2004). *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, Buenos Aires.
- (2005). *Caminos del reconocimiento*, Trotta, Madrid.
- Romo Beltrán, Rosa Martha (coord.) (2005). *Políticas globales y educación*, UDG, Guadalajara.
- Slaughter, Sheila y Larry Leslie (1997). *Academic capitalism: politics, policies and the entrepreneurial university*, Johns Hopkins, Baltimore.